

Capítulo 26 - Luces Pálidas

- [Capítulo 26 - Luces Pálidas](#)

Capítulo 26 - Luces Pálidas

Era un riesgo, pero era necesario hacerlo.

Tristán tomó todas las precauciones posibles: compró ramas de romero y las frotó contra su piel hasta que el aroma quedó impregnado, llevó tela para envolver sus botas cuando llegara a los santuarios y ajustó un cortinón en la linterna barata que había adquirido antes. Seguía sintiendo un ligero miedo, pero se obligaba a salir de Scryptown hacia la tierra oxidada que se extendía más allá, fingiendo no escuchar las apuestas de uno de los guardianes sobre si volvería o no.

“Cuatro a uno a tu favor de que no lo logres,” le informó Fortuna. “Deberías apuntarte a esa apuesta.”

Como siempre, su diosa era un consuelo en estos tiempos difíciles.

A lo lejos, la luz plateada en lo alto de la torre brillaba como un faro. No se podía ignorar ese brillo perlado y sin parpadeo desde aquí, y verlo daba un poco de ánimo a su paso. Había peligros en esta expedición, pero también una recompensa. Era ya la tercera vez en un día que Tristan iba hacia la torre, y aunque solo llevaba un resto de luz de linterna, lograba distinguir su camino preferido. Sin embargo, esta vez no sería una marcha rápida.

Los lemures estaban en gran número.

La primera advertencia fue un quejido llevado por el viento. Tristan se agachó tras un montón de chatarra, escondiendo la linterna bajo su capa y cerrando la persiana. Quieto, contuvo su respiración, aguzando el oído, deseando que la brisa no soplara con tanta fuerza entre los pedazos de metal, pues añadía un sonido lúgubre y triste. Tras treinta segundos, pensó en volver a moverse, pero entonces escuchó otro quejido.

Y tres más en respuesta.

Se acurrucó junto a una caja de bronce destruida, permaneciendo en su escondite y solo vislumbrando los movimientos afuera. Siluetas oscuras en la penumbra, arrastrándose en una procesión extraña. El ladrón contuvo la respiración hasta que desaparecieron, contando otros dos minutos antes de salir de su escondite. Sin embargo, ese susto fue solo la antesala de lo que le esperaba más adelante.

Esa banda había sido un grupo de sombras, y no tardó en encontrarse con otra solo minutos después, además de seguir las huellas de dos más. Las pisadas que dejaron en la arena húmeda y roja eran estrechas y poco profundas, como si las criaturas apenas pesaran nada. Tristan se acurrucó contra la estructura de hierro que sobresalía del suelo, manteniéndose en silencio, conteniendo la respiración mientras los scavengers pasaban cerca. En dos ocasiones, uno de los lemures se detuvo a olfatear el aire, pero el aroma a romero hizo su trabajo.

Por ahora, al menos. Debía apurarse antes de que el miedo y el sudor borrarán ese olor.

Tristán siguió el rastro de la segunda banda, pensando que probablemente evitarían a las criaturas más peligrosas. Como él, los scavengers estaban en el peldaño más bajo de la cadena alimentaria. Moviéndose de cobertura en cobertura, manteniéndose fuera de vista, el ladrón avanzaba lo más rápido que podía sin perder la precaución, atento a cada sonido. La brisa triste, casi como un silbido alejado y melancólico, le hacía morderse el labio mientras miraba por encima del hierro retorcido y encontró un pasaje libre de lemures.

Le costaba mucho mantenerse alerta sin que ese maldito ruido en sus oídos le distrajera; aquí, la sorpresa podía significar la muerte.

Finalmente, se lanzó hacia adelante con pasos ligeros sobre la arena mojada, bajando la cabeza y avanzando con cautela. A ambos lados del improvisado camino, los hierros oxidados se curvaban en forma de mandíbula que parecía a punto de cerrarse. Una luz pálida de Orrery atravesaba el camino, formando una sonrisa afilada, mientras Tristan tropezaba y resbalaba al ver movimiento: a su izquierda, en un montón de picos metálicos, cuerpos en blanco y negro. Maldición, no se atrevió a gritar, y en un impulso se giró para correr en dirección opuesta.

Hacia una duna de la que asomaba una costilla de hierro. Necesitaba deslizarse más allá de la cima de la arena, hacia otra calzada, y alejarse tanto como fuera posible antes de que eso... Sus botas eran inciertas sobre la arena, pero Tristan escaló hasta la cima de la duna, más allá de la cresta, preparado para tropezar cuesta abajo por la otra calzada, tratando de hacerlo en silencio lo más posible. Dioses, tembló, esa cosa que había vislumbrado parecía un—

Cadenas finas y translúcidas en el aire, como una red justo frente a él. Casi invisibles a simple vista.

Intentó retroceder, pero ya estaba bajando —el borde de su capa aún atrapado en el filo de la cuerda al girar—, un trozo de tela negra ondeando por el suelo mientras la red la atravesaba como mantequilla. Dios, no. Tristan tragó saliva. Un latido de silencio, luego un chillido agudo y rasposo desde adelante.

Araña-transportadora.

“Oh,” respiró Fortuna. “Realmente no deberías haber hecho eso.”

Con el corazón acelerado, retrocedió corriendo hasta la cima de la duna. Resbalando por la pendiente arenosa sin pretender mantener la quietud, para descubrir que la cosa que había vislumbrado entre las espinas había salido.

Parecía el rostro pálido de una mujer, cabello oscuro y enmarañado, con rasgos ligeramente distorsionados, hasta que notó las ocho patas delgadas saliendo de los lados. Entonces entendió que la espalda de la araña-transportadora estaba cubierta de pelo y ángulos para esconder una multitud de ojos globosos y negros. Un espasmo de repulsión lo recorrió al verlo, y Tristan huyó.

Había otra detrás de él, y estaba condenado si alguna de esas lemures del tamaño de un perro lograba atraparlo. Las arañas-transportadoras que escondían sus bocas con colmillos bajo su ‘cabello’ no eran venenosas, pero las criaturas tejían hilos que incluso resistían el hierro.

Tristan corrió de regreso hacia Scryptown, o al menos intentó. A los diez pasos, otra chispa de luz del Orrery reveló que una figura se deslizaba por el fondo de la calzada, grande y larga, pero rápida como un hombre en plena carrera. El ladrón alcanzó a ver el brillo en sus escamas y mordió sus labios casi hasta sangrar. Maldición. Las arañas-transportadoras estaban... una en la cima de la duna, observándolo con ojos como pequeños huevos negros incrustados en ese rostro nauseabundo, mientras la otra estaba fuera de vista. Maldición, maldición, tenía que moverse ya.

“Por aquí,” gimió, y corrió hacia adelante.

Por la calzada, quizás hacia su muerte.

Un chillido detrás, casi suficiente para distraerlo del peligro que le esperaba: una cuerda fina había sido tejida a lo largo de toda la calzada, a la altura del tobillo de un humano. La segunda araña-transportadora solo desapareció para colocar una de las trampas letales por las que su especie era famosa. Saltó sobre la cuerda, y entró en pánico al darse cuenta de que había tejida una segunda, a menos de un pie de distancia. Tragar bilis, Tristan tropezó hacia adelante en una voltereta mientras la lemure saltaba tras él.

Se levantó de rodillas y sacó un cuchillo, lanzándose contra la araña, pero esta ni siquiera reaccionó, solo esperando a que su estocada se apartara, para saltar en su lugar. Él blandió la linterna, golpeando una pata con un crujido, y el aceite ardiente se derramó por la rendija, haciendo que la lemure chillara, rasgándose a sí misma, y Tristan salió corriendo de nuevo. Echó una última mirada hacia atrás, captando a la otra araña-transportadora posada sobre una costilla de hierro y lanzándose contra la bestia que bajaba por la calzada.

Tuvo una visión de una serpiente gigante en la arena, de algo parecido a un aguijón extendiéndose desde su espalda e hiriendo a la araña en vuelo. Tinta negra brotó en ese instante, mientras la criatura soltaba un grito de muerte estridente, y el ladrón se apresuró a alejarse antes de unirse a ella.

Sus ojos siempre en movimiento, vigilando las redes, Tristan corría hasta que el temor de encontrar algo peor por delante comenzaba a igualar el miedo de lo que había dejado atrás. Su corazón latía con intensidad, martillándole en los oídos, y esa maldita brisa inquietante no quería detenerse. Se ocultó tras una lámina de metal que surgía de la duna como una aleta, respirando con dificultad, hasta que sus manos se calmaron en su temblor. Había estado demasiado, demasiado cerca para sentirse seguro.

—¿Fortuna? —balbució.

—Nada cercano —susurró ella en su oído.

Apreté los dientes, aunque sabía que ella no lo hacía para desestabilizarlo.

—Las arañas transportadoras son sumamente territoriales —jadeó, con los ojos aún desorbitados—. No hay forma de que dos de ellas nidifiquen tan cerca.

Todo el Murk conocía esa historia acerca de cómo el Menor Mano había pensado que podía aprovecharse de los monstruos para deshacerse de cuerpos de forma más barata que con cerdos, pero en cuanto habían añadido una segunda araña transportadora a la fosa, las criaturas se volvieron locas, destrozando media casa y matándose entre ellas.

—Quizá esas dos compartan intereses —sugirió Fortuna—. Como tejer o comer cadáveres.

El deseo de estrangularla era un consuelo en medio de la confusión que aún nublaba su mente. Tranquilizó la respiración, una tras otra, y con el sudor que le bajaba por la espalda, supo que el aroma a romero se había disipado por completo.

—Hay demasiados por aquí —murmuró—. Apenas hemos avanzado en el desguace, nunca llegaré a la torre.

—Convierte a los demás del Decimotercer en tus aliados —sugirió Fortuna—. Con suficientes armas y espadas, podrías—

—O simplemente venir durante las horas plateadas —interrumpió con firmeza—. No necesito ayuda, necesito salir de aquí antes de que algo me devore.

—Eso también —concedió la diosa.

Se levantó. Ya había perdido demasiado tiempo. Tristan aún tenía una idea de dónde se encontraba en relación con Scraptown, por lo que comenzar el regreso consistía simplemente en hallar un camino pavimentado que no pareciera una trampa mortal. Se dirigió un poco más hacia el oeste, manteniéndose en la sombra de los restos.

—Vaya, otra más.

Los pasos de Tristan se detuvieron mientras miraba a Fortuna. La diosa estaba apoyada junto a un pequeño montículo de arena roja. Al principio pensó que observaba el suelo, pero luego notó una delgada varilla de metal. Tan fina que, al arrodillarse junto a ella, vio que aquella línea quizás sería más correcta que varilla si no fuera por la rigidez que exhibía.

En su punta había un leve abultamiento en forma de flor, con un hueco donde estaría el estigma. Al levantar su linterna y acercarse más, Tristan distinguió los restos de un polvo mineral aún en el fondo. Como sal, solo que de color amarillo.

—¿Has visto esas antes? —preguntó.

—Debe ser la décima esta noche —dijo Fortuna indiferente—. Quien las colocó allí tiene buen gusto.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿Por qué?

—Huelen bastante bien —respondió ella—.

El ladrón olfateó la flor metálica, aunque sin acercarse demasiado. No sabía qué eran esos restos amarillos. Solo percibía el olor a arena húmeda y hierro.

—¿Aún huele esta? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—No tanto como las otras, pero sí —dijo Fortuna.

—Maldita sea —susurró Tristan—. Alguien allí afuera debe pensar que este lugar no es suficiente como tumba, porque esto me parece cebo para lemures.

—¿Me estás llamando lemur? —dijo Fortuna con frialdad.

Movió la mano en señal de rechazo.

—Una carnada de éter, si prefieres —agregó.

—Carnada divina —insistió ella—. Gran carnada divina.

Ignorando sus reclamaciones cada vez más ruidosas, frunció el ceño mirando el dispositivo. ¿Sería esa la razón por la cual dos arañas lanzadera habían anidado tan juntas? Quizá. Algo que valdría la pena considerar si en algún momento lograba conseguir un libro de teratología. Lo que había pensado que eran muescas en la vara resultó ser letras, al tocarlas, afortunadamente, en Antigua.

Número de Ramo 9

Al ladrón le parecía que solo habría tantas personas interesadas en remover las aguas en ese lugar, y aún menos que serían capaces de lograr tal truco sin ser capturados: quien fuera ese maestro en la torre, tenía una vena cruel.

De cualquier modo, eso no cambiaba su situación inmediata. Le pidió a Fortuna que le avisara si encontraba otra de esas varas florales y se apresuró de regreso a Scryptown. El regreso no fue demasiado agitado, solo porque el alboroto anterior parecía haber atraído a varios lemures, que seguramente estaban peleando por los cadáveres de los demás. Sabiendo que esa apertura sería breve, Tristan apostó por la velocidad en lugar de la discreción.

Hubo algunos encuentros peligrosos con sombras, pero al acercarse al pueblo, ellas no se atrevieron a seguirlo.

Los guardias de turno no mostraron mucho interés por su cansancio, sino que le pidieron detalles sobre los lemures que había visto por ahí, y el sargento encargado de la pesquisa afirmó que había tenido suerte de sobrevivir a esa serpiente que vislumbró en la distancia.

—Es un cerastán —dijo—. Pueden rastrear por calor durante más de una milla, tienes suerte de que no se llevó otra víctima antes.

Como recompensa a su informe, los vigilantes le cubrieron la tarifa de su dormitorio por la noche, lo cual fue una grata sorpresa. Tristan se arrastró hasta la sala grande llena de camas, tratando de no despertar a nadie, y solo encontró a una persona más en el interior.

Esa sorpresa le resultó sumamente agradable: Cressida Barboza yacía dormida en una esquina del cuarto, o al menos parecía estar dormida.

Solo había unas pocas razones por las cuales ella podría estar allí, sin su brigada. Aquella muchacha olía a Máscara, y eso significaba que él tenía competencia. Tristan eligió la cama más alejada posible y mantuvo su cuchillo y su porra a mano, por si acaso.

Se despertó a las cinco de la mañana y descubrió que su cama estaba vacía y su bolso desaparecido, como si hubiera imaginado que alguna vez estuvo allí.

—

El viaje fue tenso, tanto por la memoria de los peligros cerca de la noche anterior como por estar siempre mirando por encima del hombro en busca de Cressida, pero Tristan llegó rápido a la torre. Alcanzó la base de los santuarios justo cuando el reloj de Vanesa marcaba exactamente dos minutos antes de la séptima hora.

Los santuarios habían regresado, tal como Hage prometió, y dos tercios de la torre también. Curiosamente, las bolas de ping-pong que había colocado en los lugares donde estaban los santuarios no habían desaparecido: las encontró a unos quinientos pies de distancia, en el suelo. Entonces, cuando los santuarios regresan, expulsan lo que ocupe el espacio donde deben estar.

—Lo que significa que la transición entre "allí" y "no allí" tiene un aspecto físico —dijo en voz alta—. No es solo cuestión de "siempre está, pero no siempre accesible". Sucede algo físico.

Fortuna bostezó, aunque eso era únicamente por efecto, pues la diosa no podía fatigarse.

“Y nos importa porque...”

“Si estoy allí cuando termine la luz plateada,” dijo Tristan, “algo que afecta mi cuerpo físico sucederá. No es como entrar en una capa.”

Al menos no como Maryam les había explicado las capas, que eran como un lugar de éter donde las almas residían, tu cuerpo entraba por un extremo y salía por el otro, sin estar realmente dentro. Si le preguntara a ella, tal vez tendría alguna idea de— mordió el interior de su mejilla— no iba a volver a esa cabaña sin un triunfo, con algo en qué apoyarse. No lo haría.

“Te dije que el éter aquí es delgado, no espeso,” dijo Fortuna. “Hay algún tipo de máquina en funcionamiento.”

“Podría ser ambas cosas,” respondió Tristan distraídamente.

Si tuviera más tiempo, querría conseguir un pájaro enjaulado, colocarlo dentro de uno de los santuarios y regresar al día siguiente para ver qué le sucedía, pero eso llevaría demasiado tiempo. No podía permitirse saltarse clases para siempre, ni siquiera por asuntos del pacto. Sacudió la cabeza y apretó el paquete a su espalda.

“Vamos,” le dijo a su diosa. “Es hora de ver qué hay en ese santuario.”

La subida por un tramo de tubo caído hasta alcanzar el que aún alimentaba el santuario no había cambiado en lo más mínimo, aunque ahora, al estar en la oscuridad, el ladrón encendió una linterna. Un tramo de tubo de bronce se extendía a la distancia, sin una mota de polvo a la vista. Aquí había un ligero viento, que iba hacia el interior. Aún con precaución, incluso ante la ausencia de peligros visibles, Tristan avanzó. No era un paseo largo hasta el final del tubo, que terminaba en una rejilla hecha del mismo metal que el tubo.

Las rejillas eran lo suficientemente grandes para meterle un brazo e, sin duda, para mirar la habitación por ellas. La luz revelaba una pequeña habitación que se elevaba y descendía por encima y por debajo de la altura del tubo, todo en bronce, sin una sola ventana.

“Pero no veo una forma de entrar,” admitió Tristan. “¿Fortuna?”

La diosa atravesó la rejilla con la cabeza en alto, luego desapareció con una risita resonante.

“Hay una puerta aquí abajo,” llamó ella. “Y la rejilla no está soldada. Hay sellos explosivos a la izquierda y bisagras a la derecha.”

Podía introducir su brazo hasta el hombro a través de las rejillas, así que, tras tantear ciegamente, fue fácil encontrar los sellos explosivos—corks de bronce encajados en un agujero—y sacarlos. Tristan los metió en su bolsillo y abrió la rejilla, iluminando con la linterna y retrocediendo las sombras mientras observaba sobre el borde del tubo. La habitación parecía una especie de cámara de presión, pero había escaleras que descendían hasta el fondo y Fortuna estaba junto a una puerta que parecía cuadrada, sellada con un sello explosivo en cada esquina.

Colgó la linterna en su cinturón y descendió, agradeciéndole con un gesto a la diosa. El suelo inferior tenía lo que habría llamado pockmarks, si no fuera por la forma en que estaban perfectamente espaciados y parejos: agujeros de algún tipo, pero llenos de alguna sustancia. De todos modos, ninguno superaba una pulgada de tamaño, así que no podía salir por allí. Lo mejor era mantenerse cerca de la puerta. Esos sellos explosivos requerían mucho trabajo; cada 'corcho' de bronce, tan grueso como un puño, necesitaba ambas manos para ser removido. Incluso después de quitar los cuatro, la puerta permanecía cerrada.

“¿Ya un callejón sin salida?” dijo Fortuna, con tono divertido. “Eso no tomó mucho tiempo.”

Tristán levantó el farol y observó más de cerca los sellos. ¡Ah! Como sospechaba, todavía había bronce en el agujero. La punta inferior de un sello, enfrentándose a él.

“También hay sellos de estallido en el otro lado,” le informó. “Pero si no me equivoco...”

Se apoyó en la puerta con un pie y la empujó sin ceremonias. Por un instante estuvo luchando simplemente, pero luego, un suspiro: con un sonido como el de una respiración profunda, la puerta de bronce cayó.

“Azar,” acusó Fortuna.

“Doy clases de combate cuerpo a cuerpo en Guerra,” presumió Tristán.

Por el sonido que hizo al caer, estaban en la superficie, pero no de manera significativa. Pasar el farol por la abertura reveló una habitación cuadrada, tal vez de unos veinte pies de largo. Paredes de piedra desnuda con algunos muebles, y olía a cripta fría. Sin movimiento, tras una segunda inspección Tristán volvió a sacar el farol. Sacó su cuerda, la amarró a la escuadra inferior de la escalera y descendió.

Había una puerta al fondo, de piedra sobre piedra, sin cerradura ni manija obvia. Sin embargo, era resistente, así que primero inspeccionó la habitación en sí. Desde afuera, la ‘habitación’ de bronce en la que había estado parecía ser una especie de cisterna. Un tanque, si grande, aunque de alguna manera dudaba que hubiera contenido agua alguna vez. Los agujeros que había visto en el piso coincidían con otros idénticos en el fondo exterior y debajo de ellos, un receptáculo de bronce esperaba.

Sin duda, habría una forma respetable de llamarlo, pero para Tristán parecía más bien una bañera.

Las paredes eran de piedra desnuda, pero no sin adornos: era difícil distinguirlos a la luz del farol, pero casi toda su superficie estaba cubierta de gruesas franjas de criptogramas. Cuatro elaborados asientos de ese mismo aleación de bronce se enfrentan a la pared con el tanque, mesas de piedra esculpida, de una fineza que parecía encaje, pero lo que realmente atrajo su atención fue la gruesa columna de metal a la izquierda del aparato desde donde descendió. Iba del suelo al techo, de aproximadamente un pie de diámetro, y estaba repleta de engranajes, palancas y esferas de cristal vacías.

Una palanca en particular tenía un pequeño panel colgando de ella, y frunció el ceño al acercarse. No, no se había vuelto loco: en ella había escrita alguna notación. Varias, en realidad. Escritas en Antigua, mostraban una breve frase, y aunque no podía leer los otros idiomas —Umoya, Centzon, Cataiana y Samratrava— apostaba a que era el mismo en todos lados.

“Jalar para avanzar,” leyó en voz alta.

“Entonces, cógelo,” encogió Fortuna de hombros. “Quizá eso abra esa puerta.”

Escéptico, en cambio, el ladrón se acercó a estudiar la puerta en cuestión. Como había visto antes, no tenía cerradura ni manija. Por lo que sabía, ni siquiera era realmente una puerta, sólo una hendidura en forma de puerta. Ciertamente, la piedra de la puerta y las paredes eran iguales, sin ninguna abertura que dejara pasar aire. Tal vez los criptogramas a su alrededor contenían instrucciones, pero no había un Francho por cerca para traducirlas.

Sus ojos volvieron al palanca sospechosa.

Fortuna hacía ruidos de gallina, que Tristan interpretó como una aprobación para tirar de ella. Como era una trampa obvia, y probablemente obra de la misma alma que había colocado cebos para monstruos en el depósito de chatarra, Tristan sacó un ovillo de cuerda de su bolso. Hizo un nudo alrededor de la palanca y luego la desenrolló cuidadosamente, de modo que pudiera retroceder hasta estar casi junto a uno de los asientos. Se cubrió la cara con un paño, inhaló profundamente y tiró de la cuerda. La palanca bajó, algo metálico se ajustó en su lugar, y los no-indicios en el piso del tanque de arriba se abrieron.

Un latido de corazón después, la base del pilar explotó.

Fragmentos de metal salpicaron en todas direcciones, Tristan lanzándose detrás de la silla con su abrigo cubriéndole la cabeza, mientras el humo de pólvora negra se desprendía en espirales. Tosió, agitando el aire, y permaneció oculto durante un minuto lúgubre antes de asomarse.

— ¡Tira para seguir adelante! —rió Fortuna, recargada contra el pilar destruido con los brazos cruzados—. Es gracioso, ¿verdad?

Tristan no pudo imaginar una censura más condenatoria que su propio cumplido, así que se ahorró la tarea de buscar una maldición lo suficientemente ingeniosa para responderle. Si hubiera tirado de la palanca a mano, esa explosión le habría destrozado el torso como si fuera papel. Con cautela, el ladrón se levantó, ajustándose su capa, y observó cómo el último de la humareda se disipaba.

Mostraba un hilito de líquido que caía desde el tanque superior.

A través de uno de los agujeros en el suelo escapaba un líquido azul profundo, pero eso no podía ser verdad. Tristan había estado en ese tanque y no había más líquido, ni abertura por donde pudiera salir de otro lado. Solo existían dos entradas: la tubería y la escotilla. Se acercó sigiloso al chorro, observando cómo caía en la enorme tina de bronce debajo, y frunció el ceño al notar que algo no cuadraba. La sustancia azul no hacía ningún sonido y era casi demasiado visible, como si no necesitara la luz de un farol para ser vista.

Cogió un balín y lo arrojó al corriente, con los ojos ensanchados cuando pasó sin obstáculos.

— Eso no es líquido, es luz —susurró Tristan.

— Bueno —dijo Fortuna—. Quizá. También es éter, en cierto modo.

— ¿Qué significa eso? —preguntó él.

— Es como lo que vomita esa cosa estrambótica allá arriba —explicó ella—. Todo el tiempo.

—Quieres decir el Gran Orrery —afirmó, medio en forma de pregunta.

— Este lugar está conectado con él, de alguna manera —asintió la dama de las grandes probabilidades—. Aunque está roto. Supongo que esa vieja máquina en el cielo también lo está.

Movió la cabeza ligeramente, considerando esa idea.

— ¿Por qué quisieran luz en una tina? —se preguntó Tristan.

— Nadie quiere luz en una tina —dijo Fortuna, poniendo los ojos en blanco—. Las tinas son para las personas.

Una pausa.

— Deberías usarlas más a menudo, ¿sabes?

El ladrón no prestó atención a eso, solo observaba cómo la luz azul llenaba lentamente la tina de bronce. A ese ritmo, tardaría días en llenarla por completo, pero quizás la tubería por la que ingresó originalmente había sido diseñada para revertir ese proceso en el apogeo de la máquina. No podía comprender más que la belleza que dejaron los antiguos, igual que una mosca no puede entender la poesía. Sin embargo, podía intentar entender cómo fue construida esta plaza.

— Creo que esto puede ser el equivalente del agua de un molino de agua, —advirtió Tristan lentamente—. Esta habitación, el tanque y las tuberías —eran las que llevaban esa "agua" que hacía funcionar el resto de este santuario.

— Pero no funciona, claramente —balbuceó Fortuna.

— No, no funciona, las tuberías se cayeron —respondió él—. Mira cómo fluye desde el tanque; ni siquiera puede llenar la tina, mucho menos proveer suficiente presión para todo el santuario. Y si siquiera las puertas aquí funcionaran con la máquina del éter...

— Ninguna de ellas abrirá —concluyó la diosa—.

— Lo que significa que no puedo acceder al resto del santuario a través de las tuberías rotas —dijo Tristan—. Necesito encontrar la forma de abrir alguna de esas puertas aún operativas desde afuera, o no llegaré a ningún lado.

Lo que significaba que esto era un callejón sin salida. Sin embargo, podría retomar el trabajo cuando regresara afuera. Tristan cuidadosamente utilizó la cuerda y un recorte para levantar la palanca en caso de que hubiera una segunda trampa de explosivos, pero su precaución resultó innecesaria. La luz azul dejó de fluir, y cuando subió por la cuerda de regreso a la pila, no quedó rastro de que alguna vez hubiera pasado por allí. En cuestión de minutos, salió del tubo, aterrizando sobre el que había caído.

Fue en ese momento cuando escuchó abrirse una puerta de santuario.

Fue pura suerte que estuviera en la posición correcta para espiar: desde lo alto del tubo caído, podía ver cómo la alta puerta del santuario se abría de repente con movimientos bruscos. Durante tres latidos del corazón permanecieron abiertas y vacías, lo que llevó a Tristan a preguntarse si sus vueltas por otro santuario de alguna manera habían causado esto, pero luego un hombre vestido con negro de la Guardia salió.

Miró alrededor con cautela, el ladrón presionándose contra la tubería para mantenerse fuera de vista, y luego el extraño volvió a desaparecer dentro del santuario. Solo unos momentos después, salió con una gran bolsa de tela, que alcanzó con manos gruesas y enguantadas. Se escuchó un sonido extraño, como partes de metal sobre piedra, y el hombre comenzó a rodear el círculo de santuarios con paso apresurado.

A Tristan le llevó un momento entender qué estaba haciendo: el hombre estaba sembrando caltrops.

El extraño llevaba un abrigo preparado para la lucha, por lo que no parecía un guardia, y ese abrigo lleno de bolsillos cosidos sería casi como otra capa. De piel oscura, al estilo de Malani, alto y nervioso, aunque sus movimientos eran metódicos mientras rodeaba el terreno, sembrando trampas. Nariz rota y ojos marrones, con los lados de la cabeza rapados y tranceados ordenados que bajaban hasta la nuca. Medía quizás uno o dos metros más que Tristan, pero era lo bastante delgado para que el ladrón dudara de que fuera particularmente fuerte.

Solo cuando se acercó más a la escondite de Tristan, el hombre de ojos grises pudo ver los collares decorados con cuentas de colores, probablemente provenientes de Uthukile, o al menos con marcas del Estuario Bajo. El ladrón no sabría distinguir cuentas genuinas de Uthukile de las falsas, pero eso no tenía mucha importancia aquí.

Manteniéndose en su posición, con la linterna apagada, Tristan observaba cómo el hombre extendía generosamente esas pequeñas piezas peligrosas por el suelo. Se percibía una estrategia en juego, como pudo comprobar: las trampas estaban distribuidas en los caminos cercanos a las puertas de los santuarios, generalmente en zonas sombreadas por las tuberías y columnas. El Malani solo se detenía cuando la bolsa estaba vacía y, aun así, no había terminado.

El hombre desapareció de nuevo en el santuario, y salió unos momentos después justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse de golpe. Cuando esas mandíbulas metálicas se cerraron, el Malani colocó una cuerda trampa en la puerta, además de algo que parecía una bomba de polvo. Así que no sabe que el santuario desaparece por la tarde, o simplemente no le importa. Satisfecho con su trabajo, el Malani pasó luego diez minutos sólidos haciendo marcas con tiza en el suelo frente a las puertas, y luego cargó su saco, dando una retirada rápida.

Tristan esperó a que el extraño desapareciera de la vista antes de deslizarse hacia abajo. Con cuidado en sus pasos, fue a coger una de las caltrops y descubrió que no era más que un clavo doblado, soldado con otros. Sencillo, pero todavía capaz de atravesar una pata de un lemure si alguien pisaba uno, o la suela de una bota, para el caso. La trampa en la puerta del santuario era sencilla, un disparador sencillo, pero al observar más de cerca la bomba de polvo, Tristan frunció el ceño.

La maniobra para tirar de la cuerda fue bastante sencilla, pero la parte peligrosa parecía una especie de granada con algunos arreglos. No era algo que cualquiera pudiera obtener fácilmente o saber cómo usar.

Es probable que no solo enfrentara a una Máscara, sino a una que tuviera vínculos con un Tinkerer. Eso podía complicar las cosas. Aunque sentía una gran curiosidad por descubrir qué se escondía

tras esa puerta, no confiaba en desactivar la trampa, y aunque dispararla desde lejos podría funcionar, el ruido seguramente atraería a los lemures — y delataría también su presencia. No, había aprendido lo suficiente para la mañana.

Necesitaba retirarse, reflexionar sobre su estrategia y tomar algo de comida. Además, tenía que pasar por la cabaña por la tarde para dejar otra carta — o quizás simplemente añadir una marca nueva a la última, si aún permanecía allí. Eso sin contar que tendría turno en el Chimerical en unas horas.

Tristan regresó a Scryptown y, desde allí, volvió a la zona del muelle. Buscar algo barato para comer en la Avenida Regnant lo llevó a tropezar con una pequeña tienda en la esquina de un callejón, de la cual emanaba un aroma distintivo a una paella más que aceptable.

Había apenas tres mesas en su interior, pero la comida le costó solo unas monedas y el plato estaba rebosante, y el anciano que atendía con orgullo le dijo que los camarones eran recién pescados. No era el plato clásico de Sacromonte, usaban alcachofas, aunque el azafrán era justo, pero era un sabor casero por el que se sintió motivado a comer con entusiasmo. Sin duda, la mejor comida que había probado desde que salió de la Ciudad.

Tristan no era tonto, así que eligió la mesa que tenía la espalda contra la pared y un ojo en la puerta. Por eso, le resultó aún más irritante cuando no vio a Cressida Barboza hasta que se deslizó a su lado y se sentó opuesta. Aunque aún vestía su abrigo y túnica, y su cabello estaba recogido, su sombrero había cambiado. Ahora llevaba una beret negra ancha con detalles plateados y una pequeña pluma inclinada hacia abajo.

"Abrascal", la saludó Lady Cressida.

De manera casual, él alcanzó su pistola bajo la mesa y la apuntó hacia ella. Solo la punta tocó algo firme. Se miraron con ceños fruncidos.

"¿Pistola?" preguntó ella.

Asintió.

"¿Pistola?" Repitió ella.

Ella se encogió de hombros.

"Pensé que era prudente, después de lo de ayer", afirmó Cressida.

Tristan humedeció los labios, tomó un tenedor con la mano libre y mordió su paella. Masticó tan ruidosamente y de manera tan descarada como fue posible.

"¿Cuántos sombreros puedes tener a la vez?", preguntó finalmente Tristan, entrecerrando los ojos mientras mantenía la pistola en posición.

"Tan iguales como tus pulgas", respondió ella sin apartar la vista, lo cual él tuvo que admitir que era sólido. "Has estado husmeando cerca de la torre".

Él tomó otro bocado de paella, tragó y dijo:

"Me dio curiosidad", añadió. "¿Qué te importa a ti?"

"Yo fui la primera", replicó Lady Cressida con firmeza. "Y esa zona ya se está llenando demasiado."

Él levantó una ceja en señal de interrogación.

"¿Qué quieres decir?" preguntó Tristan.

"No finjas", bostezó ella con desdén. "Viste a ese bastardo Uthukile colocando sus trampas. Silumko."

Esta vez, su ceño se elevó, claramente sorprendido. No podía ser que ella supiera algo así, a menos que...

"Estuviste allí", dijo él. "¿Cómo?"

"La trampa", dijo Cressida, acercando los dedos a su paella, "es que soy mejor que tú en todos los aspectos."

Él cargó la pistola debajo de la mesa. La mano que se acercaba se detuvo.

"Si robas las únicas camarones decentes que he probado desde que dejé la Ciudad," dijo Tristan con calma, "vamos a tener problemas."

La mujer con rostro de hacha entrecerró los ojos para mirarlo, luego suspiró profundamente. La mano que sostenía retrocedió.

"Avaro."

"Consigue los tuyos," respondió él, y se metió una buena cantidad en la boca por simple resentimiento.

"Pero entonces tendría que dejar de comprar sombreros," contestó ella con indiferencia.

La risa que la sorprendió fue tan intensa que él empezó a atragantarse con la paella, soltó el tenedor y tosió contra su puño, mientras lanzaba una mirada fulminante a la noble sonriendo inocentemente. Eso no había sido una casualidad en el momento.

"No quiero pasar el resto de mi comida con una pistola en mano," afirmó Tristan, todavía con la voz algo áspera. "¿Pistolas en la mesa, a la cuenta de tres?"

"De acuerdo," respondió Cressida.

Contó hasta tres. Ninguna pistola se movió.

"Es una forma de probar suerte," admitió, algo orgulloso del juego de palabras. "Muy bien, entonces. ¿Cómo puedo deshacerme de ti lo más rápido posible?"

"El trampero, Silumko, trabaja con otra persona," dijo ella. "Creo que conocen los sitios."

¿El qué ahora? Tristan hizo un gesto pensativo, poniendo cara de reflexión.

"Eso complica las cosas," contestó.

Un instante de silencio. Cressida maldijo por lo bajo.

"Tú no sabías acerca de los sitios."

"No," admitió Tristan, "pero ahora esta conversación me gusta más. Continúa."

"La mayoría de los instructores de la Máscara solo aceptan hasta tres discípulos," dijo la noble. "Se rumorea que alguien ya entró en la torre, así que..."

"Solo quedan dos," completó él. "Crees que están trabajando para mantener a todos alejados hasta que averigüen cómo entrar en la torre propiamente."

De ahí los trucos. Tristan había pensado que parecían más adecuados para atrapar hombres que lemures.

"Felicidades, ahora sabes lo que te dije," respondió Cressida con sequedad. "Iré al grano—a menos que tu clase de Guerra haya sido una farsa, no eres mucho de luchar. Si los enfrentas solo, te aplastarán."

Esa era su estrategia, entonces. En superficie, era una oferta sensata. Cressida sabía que él estaba interesado en la torre, y podía haber tratado de reclutar a otro miembro de la Máscara si hubiera conocido a uno, pero eso habría significado difundir el conocimiento de todo este asunto. Él era el único aliado posible, desde cierto punto de vista.

Desde la perspectiva de alguien que realmente quería ingresar en esa torre, claro.

De otra forma, ¿por qué hablar de enfrentar problemas en lugar de rodear a esa pareja o simplemente seguir buscando otros horizontes? No, Cressida Barboza sabía algo sobre lo que esperaba en esa torre y tenía hambre por descubrirlo. Tristan mordió otra vez su paella, saboreando el gusto tanto como haciendo que la noble lo esperara.

"¿Qué enseñan allí dentro?" preguntó de manera casual, observando su rostro.

Destellos: sorpresa, enojo y luego una expresión de desconcierto fingido. Ella abrió la boca, pero Tristan hizo un chasquido con la lengua, molesto.

"Dímelo," dijo, "o esta conversación terminará."

Su mandíbula se apretó.

"Eres un cretino prepotente, ¿verdad?" dijo ella.

"Uno cuyo paciencia se está agotando," replicó Tristan. "¿Y tú, Barboza?"

Ella se apartó, respiró profundo. Disimuló su enojo.

"Deicide," dijo Lady Cressida. "Mi fuente dice que ese es donde está el instructor de deicide."

Su primer pensamiento fue simplemente descartar el asunto, porque no le interesaban esas cosas, pero las palabras nunca salieron de sus labios. Porque, ¿no era eso en realidad? Quizá el arte general no le interesaba mucho, pero lo particular ¡sí! Tristan había aprendido un nombre en el Dominio, el último en su Lista. El Dador de Limosna.

Un nombre divino.

Era el turno del ladrón para recostarse, observando detenidamente a la mujer dura que tenía enfrente. Su rostro era una máscara insípida, pero la manera en que se mantenía no era del todo controlada. Hombros tensos, inclinándose hacia adelante, dedos demasiado rígidos — como si intentara no apretarlos. Todo este asunto llevaba un peso importante para ella. Lo suficiente como para que no intentara traicionarlo, a menos que eso le ayudara a conseguir uno de esos puestos.

Tristan desactivó la pistola bajo la mesa, y luego la dejó junto a su cuenco.

—Tienes toda mi atención—, dijo. —Sigue hablando.